

que no influían otros astros que los que se descubrieron entonces. El telescopio fué inventado el año de 1609 por el holandés Jacobo Mecio, y perfeccionado poco después por el insigne matemático florentin Galileo de Galileis. Todos los grandes maestros de la judiciaria, por quienes se gobiernan los astrólogos modernos, son anteriores. De aquí se infiere que unos ciegos guían á otros ciegos.

§ X.

Omito muchos lugares de la Escritura, como también muchas autoridades de padres contra los judicarios, porque se hallan en muchos libros; pero no disimularé la bula del gran pontífice Sixto V contra los profesores de este arte, que empieza: *Caeli et terrae creator Deus*; porque es en este asunto lo más concluyente que se halla en línea de autoridad; para lo cual es de advertir que á todos los demás textos, ya de la Escritura, ya de concilios, ya de padres, ya de bulas pontificias, con que se les arguye á los judicarios, responden estos que en

esos textos sólo se condena aquella judiciaria que pronostica como ciertos los futuros contingentes, dando por infalibles las amenazas de los astros; pero esta interpretación no tiene lugar en la bula de Sixto. La razón es, porque manda á los inquisidores y á los ordinarios que procedan contra los astrólogos que pronostican los futuros contingentes, aplicándoles las penas canónicas, aunque ellos confiesen y protesten la incertidumbre y falibilidad de sus vaticinios: *Etiám si id se non certo affirmare asserant, aut protestentur*; permitiéndoles únicamente el pronosticar aquellos efectos naturales que pertenecen á la navegacion, agricultura y medicina: *Statuimus, et mandamus, ut tam contra astrologos, mathematicos, et alios quoscumque dictae astrologiae artem, praeterquam circa agriculturam, navigationem, et rem medicam, exercentes*, etc. Y así, en pasando de esta raya, deben proceder contra ellos los superiores, por más que en el principio de sus libros y almanaques protesten que su arte es falible, y en el fin de ellos pongan: *Dios sobre todo*, por sánelo todo.

SENECTUD DEL MUNDO.

§ I.

No lloraba tan tiernamente Helena al representarle el cristal los estragos que el tiempo había hecho en su belleza: *Flet quoque ut in speculo rugas conspexit aniles Tindaris*; como el mundo se lamenta de las ruinas que contempla en su vejez imaginaria. A cada paso se oyen las quejas de que el transcurso de los siglos ha abreviado á la vida humana los plazos, debilitado las fuerzas corporales, aumentando el número de las dolencias, disminuido por defecto de la facultad prolífica el de los individuos; y para dar materia más dilatada al dolor en todo aquello que puede servir al hombre, se representa la misma decadencia, en los alimentos ménos substancia, en los medicamentos ménos virtud, en la tierra ménos feracidad, y hasta en los cuerpos celestes más débiles los influjos.

Pero toda esta larga lamentacion carga sobre una aprehension sin fundamento. Primeramente, por lo que mira al período de la vida humana, es fijo que hoy es el mismo que era há veinte y áun treinta siglos. Há dos mil y ochocientos años que vivió el santo profeta David; de modo que, según el cómputo más justo de Genebrardo, Saliano, Tornielo, Spondano y otros, vino á florecer, con corta diferencia, á la misma distancia del principio del mundo que de nuestro siglo, habiendo nacido á los dos mil novecientos y diez años de la creacion del orbe. Este, pues, ilustrado rey, hablando del término comun de la vida de los hombres de su tiempo, al salmo 88, señala el mismo que experimentamos en nuestra edad: *Dies annorum nostrorum in ipsis septuaginta anni*. Del mismo David, cuando, según los autores

de la *Cronologia sagrada*, había llegado á los setenta años, dice la Escritura, en el capítulo i del libro iii de *Los Reyes*, que era muy anciano, y por eso el beneficio de la ropa no bastaba á defenderle del frío: *Et rex David senuerat, habebatque octatis plurimos dies, cumque operiretur vestibus non calefiebat*.

Estas pruebas son tan concluyentes, que no dejan alguna salida. Y en verdad que pocos se hallarán en nuestros tiempos que, siendo tan sóbrios y de tan buen temperamento como David, no lleguen á la edad septuagenaria con más vigor.

Ni yo entiendo cómo el error de la decadencia de la vida humana se ha hecho tanto lugar, cuando todas las historias antiguas, así sagradas como profanas, exceptuando las fabulosas, no nos representan los hombres más duradores en los pasados siglos que en los presentes. Poquisimos ó rarísimo hombre que pasase de cien años se halla en escritores griegos ni romanos, en quienes generalmente los octuagenarios y nonagenarios son ponderados por longevos, como en nuestro tiempo. San Juan Evangelista es llamado de muchos el Matusalen de la ley de gracia, y según el cardenal Baronio, no vivió más de noventa y tres años. Plinio, en el libro vii de su *Historia natural*, capítulo xlviii, cuyo título es *De spatiis vitae longissimis*, cuenta de intento los romanos que duraron irregularmente en los siglos próximamente antecedentes al suyo, y señala por vidas larguísimas la de Livia de Rutilio, que vivió noventa y siete años; la de Statilia, que vivió noventa y nueve; la del pontífice Metelo y la de Perpenna, que vivieron noventa y ocho; la de Marco Valerio Corvino, que llegó á ciento. Y la vida más larga que refiere con cuenta liza entre

los romanos es la de Clodia, que vivió ciento y quince años. De los extranjeros, en quien más se extiende es en Argantonio Gaditano, que reinó ochenta años, entrando á reinar á los cuarenta de edad: es verdad que Silio Itálico, libro iii, le da á este rey trescientos años.

Dilissimus avi...

Terdenos decies emensus belliger annos.

Pero á los poetas los recusaremos siempre para testigos. Luciano, que trató esta materia con más extension que Plinio, en el libro intitulado *De Macrobiis*, discurrendo por toda la antigüedad, y excluyendo dos ó tres edades reputadas por fabulosas, señala muy pocos hombres que pasaron de cien años, y la vida que cuenta más larga es la del historiador Ctesibio, que llegó á ciento y veinte y cuatro.

§ II.

Ahora pregunto: ¿qué país hay donde hoy no se vea uno ú otro que llegan y pasan de cien años? Dentro de este principado de Asturias, donde asisto, tengo noticia de muchos, y especialmente de una mujer, que vivió ciento y treinta y dos años. Posible es que en esta noticia se añadiese algo; pero de este riesgo no estubo exento Plinio ni otros escritores antiguos. Lo que puedo asegurar con toda verdad, es que habrá dos años poco más, murió á distancia de media legua de esta ciudad de Oviedo, en una aldea llamada Cajigal, en la edad de ciento y once, una pobre mujer llamada Mari-García, habiendo conservado siempre el juicio sanísimo; y hoy vive en dicha ciudad de Oviedo don Alonso Muñiz, presbítero, de edad de ciento y siete años, con bien fundadas esperanzas de vivir no poco más; pues en una edad tan avanzada, todos los días va á celebrar el santo sacrificio de la misa á la iglesia de las religiosas de santa Clara, distante mas de cuatrocientos pasos comunes de su casa, y buena parte del camino es bastante ágrío. Si estos ejemplos se hallan en un país que, á causa de su mucha humedad, no es celebrado por muy sano, bien que yo le tengo por bueno, mayores se hallarán en los que gozan más benigno cielo.

En Galicia murió el año pasado de 1726 un pobre labrador, llamado Juan de Outeiro, vecino que fué de la villa de Fefiñanes, arzobispado de Santiago, digno, por su larga vida, de más larga memoria, y áun de que se perpetúe su nombre en las prensas. Para averiguar su edad, faltando libros y demás instrumentos, no se halló otro testimonio que el informe conteste de los más ancianos con su dicho, pues solia afirmar que, cuando se fabricó la iglesia de San Francisco de Cambados, iba delante del carro que conducía los materiales para la fábrica, y suponiendo que por lo ménos tendria entonces, para poder acordarse, seis ú ocho años, y que en el dicho templo se halla una inscripcion que dice: se acabó la obra el año de 1588; se infiere, descontando los seis ú ocho años que tendria, que nació el de 1580, desde el cual hasta el de 1726, que falleció por mayo, salen ciento cuarenta y seis años de edad, y es digno de reparo que su comun alimento era pan de maíz y berzas

cocidas, tal vez alguna sardina ú almeja; su regalo extraordinario puebe de leche y harina de maíz: carne de vaca sólo la comia algun dia muy festivo; vino, aunque le bebia, rarísima vez, por su escasez de medios, le lograba; y lo que más admiracion hace es, que hasta el fin de sus dias siempre se manejó con firme agilidad y tanta entereza en el juicio, como si tuviera cuarenta años.

Más convence el intento la certificacion que pára en poder del ilustrísimo señor don fray Antonio Sarmiento, general que fué de mi religion, electo obispo de Jaca, dada por fray Veremundo Negueruela, cura de San Juan del Poyo, en el mismo reino de Galicia, en 30 de Septiembre de 1724, quien certifica que en sola su parroquia, en dicho año, administró los Sacramentos á Bartolomé de Villanueva, de edad de ciento veinte y siete años cumplidos; á Bartolomé de la Graña, de ciento veinte; á Marta García, de ciento diez y ocho; á Alberto Solla, de ciento diez y siete; á Lucía Solla, su hermana, de ciento trece; y á Benito Perez, su marido, de ciento diez; á Jacinto Diz, de ciento diez y seis; á Alonso Otero, de ciento quince; á María Mauriña, de ciento doce; á Domingo Gonzalez, de ciento diez; á Antonio Parada, de ciento diez y seis; á Antonio Parada de Fontela, de ciento quince; y á Catalina Fernandez, de ciento diez. De modo, que entre los trece parroquianos (si se formase otra danza como la de la provincia de Herford, de que luégo hablaremos) compondrían la edad de mil cuatrocientos noventa y nueve años, que en este siglo es cosa prodigiosa.

En la isla de Ceilan es muy frecuente llegar los hombres á cien años, y el capitán Juan Riberio, portugués, en la historia de esta isla, que dió á luz el año de 1685, dice que poco há se vió allí uno de ciento y veinte años, que sin baston en la mano iba á oír misa á una iglesia distante una legua de su casa. Murió en Inglaterra la condesa de Nesmunda, ó Nesmond, en la edad de ciento y cuarenta años. Madamusela de Eckleston, inglesa también, murió el año de 1691, de ciento y cuarenta y tres años; este es un hecho constante en toda Inglaterra. En el de 1635 fué presentado al rey Carlos I, de la Gran Bretaña, Tomas Parb, natural de la misma isla, en la edad de ciento y cincuenta y dos años, que parece ser murió el año siguiente, porque el caballero Temple, en sus obras *Misceláneas*, le cuenta de ciento y cincuenta y tres años de vida. Bien sabida es la danza que formaron en la provincia de Herford doce viejos, cuyas edades acumuladas subian á la suma de mil y doscientos años; de modo que uno con otro tenían ciento (1).

El chanciller Bacon, que murió no há más de un siglo, en la *Historia de la vida y la muerte*, entre todos los papas que habían gobernado la Iglesia hasta su tiempo, cuenta solamente cinco que llegaron ó pasaron de ochenta años, y todos cinco fueron próximos á su tiempo; conviene á saber: Juan XXIII, que llegó á noventa; Gregorio XII, á noventa y tres; Paulo III, á ochenta y uno; Paulo IV, á ochenta y uno, y Gregorio XIII, á lo

(1) Estando imprimiendo este escrito, murió en esta corte doña Juana Cuatrin, flamenca, asistente en la casa del señor duque de Populi, de ciento y once años, y fué enterrada el día 29 de Julio de 1726, en la parroquia de San Martin.

mismo. Los tres últimos no há dos siglos que murieron. Y así, en la série de los pontífices está hecha la cuenta de que los que más vivieron fueron cercanos á nuestra edad. Es verdad que muchos de la primitiva iglesia no deben entrar en este cómputo, por haberles anticipado la muerte el martirio (1).

§ III.

El argumento que á favor de la opinion vulgar se toma de las larguissimas vidas de los hombres antediluvianos, y los que sucedieron próximamente al diluvio, no es del caso; porque no negamos que la vida del hombre haya padecido alguno y grave detrimento desde su primer origen, si sólo que de muchos siglos á esta parte le haya padecido, y que ahora de presente se vaya estrechando cada vez más, como piensa el vulgo. Señalan los autores várias causas de la prodigiosa duracion de aquellos antiguos progenitores nuestros, como su mayor sobriedad, la mejoría de los frutos de la tierra, que deterioraron las aguas del diluvio; alguna especial proteccion de la Providencia, la gran noticia de remedios preservativos, comunicada del primer padre á sus hijos y nietos, que despues se fué perdiendo poco á poco.

Argúyese tambien con los ejemplos de algunos antiguos muy posteriores al diluvio, que alargaron sus dias con mucho exceso sobre los nuestros, como Nestor, rey de Pilo, que vivió trescientos años; algunos reyes de Arcadia, que llegaron á la misma edad; otros de Egipto, que vivieron mil y doscientos años; Juan de los Tiempos, escudero de Carlomagno, que vivió trescientos y sesenta.

A esto se responde que Nestor vivió los trescientos

(1) A las largas vidas de estos tiempos, que referimos en este número y en los antecedentes, añadiremos tres muy notables. La primera es de Pedro Picton, labrador, natural de Champaña, el cual murió de ciento y diez y siete años, en el de 1695. No es lo más particular de este hombre que viviese tanto, sino que en los años próximos al de su muerte conservaba un cuerpo bastante vigoroso, lo que acreditan dos circunstancias muy dignas de notarse. La primera, que hasta los ciento y quince años trabajó en el campo, casi sin sentir las debilidades ó incomodidades de la vejez. La segunda, que viéndose poco respetado de sus hijos, por vengarse de ellos volvió á casarse á los ciento y diez años.

La segunda vida larga, mucho mayor que la pasada y que todas las que hemos referido en el cuerpo de la obra, fué la de Enrico Jenkins, el cual murió de ciento y sesenta y nueve años, á los fines del siglo pasado. Refiere estos dos casos Larrey, historiador de Francia, el primero en el tomo vi, página 299; el segundo en el tomo vii, página 205.

La tercera, de un caballero etiope, señor del lugar de Baeras, en el reino de Sennar, á quien conoció y trató el año de 1699, Carlos Jacobo Poncet, médico francés, que residía en el Cairo, y de allí pasó á la Etiopia, llamado del emperador de los abisinios, para que le curase de una enfermedad que padecía. Refiere Poncet que este caballero, cuando él le trató, era de ciento y treinta años, pero estaba tan fuerte y vigoroso como si no tuviese más de cuarenta. Siendo esto así, podrá vivir el día de hoy, y aún algunos años más. Véase el cuarto tomo de las *Cartas edificantes*, que no contiene otra cosa que la relacion del viaje de Poncet, página 42.

Digno es de agregarse á estas noticias la de un casamiento que se hizo en Londres, el año de 1700, entre un hombre de ciento y tres años y una mujer de ciento. Refiérese en la *República de las letras*, tomo xxii, página mhi 328.

años en el país de las fábulas. Lo de los reyes de Arcadia y de Egipto se desvanece quitando la equivocacion que en esto hay. Es el caso, que cada año nuestro tiene cuatro de los que contaban por tales los árcades, entre quienes el año constaba no más que de tres meses, como refiere Plinio; y así, los trescientos años de vida de cada rey venian á ser setenta y cinco de los comunes. Entre los egipcios, como testifican Diodoro Siculo y Plutarco, aún era mucho menor el año, porque los contaban por lunas; y así, mil y doscientos años egipcios no llegaban á ciento de los nuestros. La edad larguissima de Juan de los Tiempos es repelida, como fábula, por los mejores historiadores. Fuera de que, habiendo muerto este hombre el año de 1128 de la era cristiana, probaria el hecho, siendo verdadero (contra lo que se pretende de la sucesiva decadencia de la vida de los hombres, así como fueron corriendo los tiempos), que seis ú ocho siglos há se vivía más que los diez ú doce anteriores; pues retrocediendo todo este espacio de tiempo, no se encuentra hombre alguno que durase tanto.

§ IV.

Por lo que mira á las fuerzas corporales, si dejamos á los poetas lo que es suyo, conviene á saber, las fábulas, como son los prodigios que nos cuentan de Hércules, no hallaremos algun exceso en los antiguos sobre los modernos. No hubo fuerzas más ponderadas en la antigüedad que las del famoso atleta Milon Crotoniaco. De este lo más que se cuenta es, que en los juegos olímpicos llevó sobre sus hombros un toro á distancia de un estadio, á quien mató luego de una puñada, y en fin le comió todo en un día. Si esto último es verdad, lo que yo no quiero creer, respecto de su voracidad era bien poca su valentía; porque ¿quién hay tan débil, que no pueda llevar sobre los hombros veinte veces más peso que dentro del estómago? Como quiera que sea, juzgo que aquel célebre *Sotillo*, á quien el siglo pasado vió todo Madrid arrojar á distancia de doce pasos una piedra que pesaba cuatro quintales, podria cargar sobre sus espaldas triplicado peso por lo ménos, y no pesa tanto un buey de los comunes; ni hallo más dificultad en que, sabiendo dirigir el golpe, derribase un toro de una puñada.

Floreció en tiempo de Augusto el centurion Junio Valente, llamado, por su incomparable robustez, el Hércules de aquel tiempo, de quien con admiracion dice Plinio que tenia en peso un carro cargado hasta que le exonerasen del todo. Esto mismo, en nuestros dias, lo oimos decir del padre fray Francisco Zoquero, religioso de san Francisco, natural de Rioseco, á quien yo el año de 1705 en Valladolid vi hacer pruebas no inferiores de sus grandes fuerzas. Omito otros muchos ejemplares de hombres robustísimos de estos tiempos, porque apenas hay quien acerca de esto no tenga bastante noticia.

Oponen algunos que en otros tiempos tenian los hombres robustez para resistir algunos remedios violentos, que hoy no pueden. Galeno dice que en tiempo de Hipócrates se usaba del veratro blanco, vehemente vomitorio, que ya en su tiempo no podia sin riesgo darse aún á los hombres de fuerzas constantes. Oponen tambien que por

la misma razon no se sangra ahora tanto como en tiempo de Galeno. A lo primero se dice, que Hipócrates no daria aquel vomitorio sino á sugetos de especial resistencia, y medida con gran circunspeccion la dosis; lo cual tambien hoy se podria hacer; á lo ménos hemos visto administrar alguna vez una yerba que en Galicia se llama *yerba de lobo* (no sabemos qué nombre tiene entre los profesores), que es veheméntísimo vomitorio, y aunque el enfermo tuvo harto trabajo, se libró enteramente de unas tercianas terribles y contumaces, para cuya enfermedad en partes de aquel reino usaban los labradores felizmente de este remedio. La segunda objecion se retuerce; porque, siendo cierto que Hipócrates no sangraba tanto como Galeno, se inferirá del mismo modo, que en tiempo de Galeno eran los hombres más robustos que en tiempo de Hipócrates; y por consiguiente, que en los seis siglos que pasaron de Hipócrates á Galeno crecieron los hombres en fuerzas, en vez de disminuirlas. La verdad es que Galeno, en cualquiera tiempo que hubiera nacido, sangraria mucho, porque ese era su capricho; y fuera mejor que no hubiera nacido jamas, porque no se sangrase tanto en el mundo, como se ha hecho despues que llenaron el mundo los sectarios de Galeno, de los cuales, aún hoy, algunos derraman la sangre de los hombres como si fuera de flores. En el discurso del abuso de la medicina apuntamos dos insignes ejemplos modernos de esta tiránica práctica.

§ V.

Tampoco en el fácil y perfecto uso de las facultades vitales y animales en edad algo adelantada somos inferiores á los antiguos. Plutarco, en la vida de Pompeyo, dice que todo el ejército romano celebraba ver á aquel caudillo, en la edad de cincuenta y ocho años, manejar el caballo y las armas como pudiera otro en lo más florido de la juventud; y creo que no hay ejército hoy en Europa, ni aún en el mundo, donde no se hallen algunos soldados de igual robustez en la misma edad. Siendo niño lei la relacion impresa de la conquista de una plaza de Hungría en tiempo del emperador Leopoldo, en que se decia que el turco gobernador de la plaza, siendo hombre de ochenta años, pareció en la brecha, jugando ferocemente dos alfanges sobre los católicos. El año de siete del presente siglo murió Orangzeb, emperador del Mogol, con cien años cumplidos de vida, como refiere el padre Francisco Catrou, jesuita, en la *Historia general* que compuso de aquel imperio, y conservó este príncipe hasta lo último de sus dias, segun el mismo historiador, toda la fuerza de un espíritu pronto y de un corazon guerrero, muriendo en fin, en la campaña, en medio de aquellas tropas que la agitacion de su genio ambicioso habia tenido siempre en movimiento. Enéas Silvio refiere de Federico, conde de Cillei, en la Stiria, que en la edad de noventa años excedia al más desordenado jóven en incontinencia y glotonería.

§ VI.

De lo dicho se infiere que no es hoy mayor la gravedad ó el número de nuestras dolencias, como comunmente se dice; pues siendo así, nos debilitarán las fuerzas y acortarán la vida, contra lo que queda demostrado.

F.

Es verdad que una ú otra enfermedad se padecen en estos tiempos, de las cuales no se halla noticia en los escritores antiguos de la medicina, como el escorbuto y la infeccion gálica, sin embargo de que algunos pretenden lo contrario, señaladamente Valles, en el cuarto de las *Epidemias*, juzga haber hallado en Hipócrates el contagio venéreo.

Pero esto nada obsta; lo primero, porque, como dice san Agustin, en el libro xxii de la *Ciudad de Dios*, capítulo xxii, no todas las enfermedades se hallan en los libros de los médicos; y así pudieron padecer los antiguos algunas de que ellos no nos hayan dado noticia. Lo segundo, porque pudo compensarse el nacimiento de las nuevas enfermedades con la extincion de otras que reinaron en otros siglos. Así que, como es verdad que unas enfermedades nacen, lo es tambien que otras mueren. Plinio, en el libro xxvi, capítulo 1, hace memoria de algunas que habian ocasionado no leves estragos en los tiempos antecedentes, y ya en el suyo no habia vestigio de ellas, como la llamada *gemursa*, que tenia su principio entre los dedos de los pies. De la lepra dice que, habiéndose empezado á ver en Italia en los tiempos del gran Pompeyo muy presto desapareció. Y así concluye, admirando que unas especies de enfermedades duren en el mundo, y otras se desvanezcan: *Id ipsum mirabile aliis morbos desinere in nobis, alios durare.*

Muchos médicos no vulgares, habiendo observado que los accidentes del contagio venéreo desde su primer origen se han ido mitigando mucho, porque parece que este mal, contra las reglas comunes, nació gigante, y creciendo en la edad se fué disminuyendo en la estatura, hacen juicio de que llegará á extinguirse del todo. Y es muy de creer que, como hay enfermedades pestilentes ó epidémicas, que duran ya un año, ya dos, ya más, ya ménos, segun es mas ó ménos fácilmente disipable la impresion maligna del ambiente ó la fermentacion subterránea que la ocasiona, así hay otras que, naciendo de causa más tenaz y firme, tardan mucho mayor tiempo en disiparse. Esto parece ser lo que más verisimilmente puede discurrirse sobre aquellas enfermedades, que dominando algun espacio largo de tiempo, vinieron á desaparecer.

Tambien puede conjeturarse que, aunque parece que algunas especies de enfermedades vienen de nuevo al mundo, y otras salen de él, en realidad no es así, sino que vaguean de unas regiones á otras; porque todas las porciones de la tierra son países abiertos á estos enemigos, que, expeliéndose mutuamente, hoy los dominan unos, mañana otros. De hecho la experiencia muestra que en varias provincias reinan un tiempo algunas enfermedades de las comunes, padeciéndose con frecuencia, y despues se ausentan, ó se padecen muy rara vez; lo que puede atribuirse al fomento que les prestan los hálitos subterráneos, los cuales varian segun varian las materias que fermentan en las entrañas de la tierra.

§ VII.

En cuanto á la virtud propagativa, podemos asimismo asegurar que no recibió algun menoscabo la especie humana desde su origen hasta ahora. En el cementerio

de los Santos Inocentes, dentro de la ciudad de Paris, se lee el epitafio de Jolanda Bailli, mujer de Dionisio Capeto, que, habiendo fallecido en ochenta y ocho años de edad, llegó á ver doscientos y ochenta y ocho descendientes suyos; dicha que tendrá pocos ó acaso ningun ejemplo en los veinte siglos antecedentes.

La propagacion más prodigiosa que se observa en las historias, es la que hubo en los trescientos años inmediatos despues del diluvio. Murió Noé trescientos y cincuenta años despues de aquel estrago universal. Y refiere Filon, judío, en sus *Antigüedades bíblicas*, que habiendo contado toda la sucesion que tuvo por sus tres hijos poco ántes de su muerte, halló, en la descendencia de Cam (fué la más numerosa), doscientas cuarenta mil y novecientas almas. Esto parece mucho, y es poco ó nada respecto de lo que se dirá ahora, y con que se probará que Filon no echó bien la cuenta.

Entó á reinar Nino en la monarquía de los asirios, sucediendo á su padre Belo ó Nembrod, doscientos y cuarenta y nueve años despues del diluvio. Y refiere Diodoro Siculo, sobre la autoridad de Ctesias, que yendo á combatir á este monarca Zoroastres, rey de los bactrios, con un ejército de cuatrocientos mil hombres, juntó Nino en el suyo un millon y setecientos mil entre infantería y caballería: de cuyo excesivo número de tropas se colige la multiplicacion que hubo en trescientos ó ménos años, que parece prodigiosa, áun cuando en el mundo no hubiese más gente que la que se alistó debajo de las banderas de los dos reyes.

Bien sé que Ctesias no está reputado por historiador muy verídico, y tambien sé que algunos cronólogos hacen muy posterior á Nino respecto de aquellos tiempos, colocándole en los de Barak y Débora, jueces de Israel. Sin embargo, diré que, por la cuenta que resulta de la multiplicacion grande del linaje humano en los siglos inmediatos al diluvio, ni se debe negar la antigüedad que hemos dicho á Nino, ni condenarse por fabuloso el número de gente que componia su ejército; porque en nuestros dias se vió otra multiplicacion, si no más, no ménos admirable, notada en el gran Diccionario de Moreri, y copiada de una carta de Amsterdam, cuya historia referiré aquí brevemente, porque es curiosa.

Navegando el año de 1590 hácia las Indias Orientales una flota compuesta de cuatro navios ingleses, fué sorprendida de una violenta tempestad cerca de la isla de Madagascar, que hizo perecer luego tres vasos, y arrebatando el cuarto hasta una isla llamada hoy Pinés, colocada á veinte y ocho grados de latitud austral, le rompió en los escollos que cercaban la ribera; de cuyo infausto accidente sólo se salvaron, á favor de algunas fluctuantes tablas, un hombre y cuatro mujeres, que eran una hija del capitán del navío, dos criadas suyas y una esclava mora. Saliendo estas cortas reliquias del naufragio á la isla dicha, la hallaron desierta de hombres y áun de fieras, pero bien poblada de frutas comestibles y de aves, que les contribuian gran número de huevos. La imposibilidad en que se hallaban de pasar á otra parte los precisó á establecerse en aquel sitio; y el apetito, confederado con la libertad, concedió á un hombre sólo el uso de imperio maridable sobre cuatro mujeres, como tambien la afectada exencion de las leyes del parentesco

á sus descendientes inmediatos; con que fué creciendo aquella colonia, fundada por el acaso, sin que hubiese noticia de ella en parte alguna del mundo, hasta que el año de 1667, navegando un navío holandés, vuelta del cabo de Buena-Esperanza, fué conducido de otra tempestad á la misma isla; y habiendo desembarcado en ella, quedaron absortos cuando en una parte tan remota de la Gran Bretaña oyeron á los habitantes hablar la lengua inglesa. En fin, por ellos supieron la referida historia, y (lo que hace á nuestro intento) que poblaban ya la isla de once á doce mil individuos.

Supuesto este hecho, y que esta gente en el espacio de setenta y siete años se multiplicó del número de cinco al de once mil, si por regla de proporcion se hace la cuenta del número á que pudo multiplicarse en los ciento y cincuenta y cuatro años siguientes (que son los setenta y siete duplicados) siguiendo la misma progresion, resultan al cabo mucho más de mil millones de individuos. Con que en el espacio de doscientos y treinta y un años, si se fuese multiplicando aquella gente en la proporcion que en los primeros setenta y siete, de cinco individuos se subiera á la suma de más de mil millones de almas. Es verdad que los cinco individuos primeros se deben contar por ocho, por cuanto en el principio un hombre suplió por cuatro de su sexo; pero siempre sale esta multiplicacion muy excesiva sobre la que arriba se ponderó inmediata al diluvio, formando la cuenta sobre seis personas que la empezaron; conviene á saber: los tres hijos de Noé y sus mujeres, y resulta número más que triplicado de gente que la que compuso ambos ejércitos de Nino y Zoroastres.

§ VIII.

El exceso de los antiguos en la corpulencia es otro capítulo por donde pretenden algunos convencer la decadencia del género humano en los modernos; pero ese exceso no está bastantemente comprobado, por más que nos citen varias historias de cadáveres de prodigiosa estatura. Los autores dignos de fe no dan noticia de haber visto cadáver entero, cuya estatura exceda á la de algunos de los próximos siglos; si sólo de uno ú otro hueso separado, cuales se conservan áun hoy algunos en gabinetes de curiosos; pero los sabios casi todos convienen en que unos son de elefantes ó ballenas, y otros de materias petrificadas. En las transacciones filosóficas de Inglaterra del año 1701, se refiere, que pocos años ántes, el pueblo de Londres creyó ser mano de un gigante cierta ala de una pequeña ballena, que consta del mismo número de junturas que la mano del hombre.

San Agustin, en el libro xv de la *Ciudad de Dios*, capítulo ix, cuenta haber visto en la ribera de Utica un diente molar, que abultaba por ciento de los comunes; pero no con certeza, si sólo opinativamente, da á entender, que asintió á que era de cuerpo humano: *Alicujus gigantis fuisse crediderim*. Mas verisímil es que fuese de una de aquellas ballenas que el latino llama *Cetus dentatus*. Es verdad que el Santo, en el capítulo citado, se inclina á que hubo en los tiempos antiguos cuerpos de tan enorme grandeza; pero es sobre la fe de Virgilio, cuyos versos cita, en el duodécimo de la *Eneida*,

donde dice que Turno le arrojó á Enéas una piedra, que doce hombres robustos de este tiempo (se entiende el tiempo en que el poeta lo escribía) no podrian mantener sobre sus hombros; pero Virgilio en esto no merece el menor asenso, ya por la licencia poética que tenia para mentir, ya porque no hizo otra cosa que trasladar al combate de Enéas y Turno lo que Homero habia referido, en el libro vi de la *Ilíada*, del combate de Enéas y Diomedes, rebajando sólo á la piedra el peso correspondiente á las fuerzas de dos hombres; pues Homero dice, que Diomedes le arrojó á Enéas un peñasco que no podian levantar del suelo catorce hombres de los más fuertes de su tiempo. ¿Quién podrá creer esto, sabiendo que la ruina de Troya, segun el cómputo más probable, fué anterior á Homero áun no seiscientos años cabales? ¿Es creible que en este espacio de tiempo se enoscabase la estatura y fuerza de los hombres tan enormemente, que no pudiesen catorce hombres valientes tener en peso la piedra que ántes arrojaba uno solo? Así, Juvenal, en la sátira 15, tuvo poca razon para asentir á la decrecencia de los hombres, fundado en esta ficcion del poeta griego:

*Nam genus hoc vivo jam decrescerebat Homero.
Terra malos homines nunc educat, atque pusillos.*

Otra tal, y tan buena, ó mejor áun que las pasadas, cuenta Sali-Gelil, autor árabe, aunque no era poeta, sino historiador, en sus *Annales de Egipto*; esto es, haberse descubierto en aquel reino un hueso del espinazo de un hombre, que con gran dificultad condujeron en un carro cuatro escogidos bueyes no muy largo trecho.

Pero dejemos estas cosas para que las crea el padre Martin Delrio, como creyó todo lo que halló escrito de gigantes sicilianos. Y ¿qué mucho? Hombre eruditísimo, pero tan sencillo, que creyó que una mujer habia parido un elefante, porque lo leyó en Alejandro *ab Alexandro*, y Alejandro *ab Alexandro* lo escribió, porque lo habia leído en Plinio.

Ya no es nuevo engañar al pueblo, ó engañarse el pueblo, creyendo ser huesos de gigantes los que en realidad lo son de algunos brutos de mayor estatura; pues Suetonio, hablando de Augusto, dice que tenia en su palacio de Capri algunos de estos, que en el comun pasaban por huesos de gigantes: *Ædes suas non tam statuarum, tabularumque pictarum ornatu, quam rebus vetustate, ac varietate notabilibus excoluit, qualia sunt capreis immanium belluarum, ferarumque membra prægrandia, quæ dicuntur gigantum ossa.*

La Sagrada Escritura, aunque varias veces habla de gigantes, sólo de dos determina la estatura, y áun la de uno no con toda precision. Dice que el lecho de Og, rey de Basan, tenia nueve codos de largo. De Goliath, que era alto seis codos y un palmo. La relacion que hicieron al pueblo de Israel los exploradores de la tierra de Canaan, diciendo que habian visto allí gigantes tan monstruosos, que en comparacion suya no eran ellos mayores que langostas: *Quibus comparati quasi locustæ videbamur*, está reputada entre todos los expositores por hiperbólica y áun por mentirosa, siendo el fin de los exploradores, como se colige del texto sagrado,

amedrentar al pueblo y á su caudillo, para que no se empeñasen en la conquista de aquella tierra. Con que, quedándonos sólo la medida de Og y Goliath, y rebajando á la estatura de Og hasta dos codos, en que es muy verisímil le excediese el lecho, no es cosa que nos asombren los gigantes antiguos, pues entre los modernos se han visto algunos casi del mismo tamaño.

En las Memorias de Trevoux es citado Juan Becano, famoso médico brabantino (aunque no del último siglo, como dicen por equivocacion los autores de estas Memorias, sino del antecedente, pues sobrevivió pocos años á Carlos V, de quien fué estimado), en su libro intitulado *Origenes Antuerpianæ*, donde dice que en su edad se vieron, y él los vió, hombres de seis ó siete codos de altura. Son sus palabras: *Septem, vel sex cubitorum homines nostra quoque ætate accidere; vidimus enim mulierem decem pedes altam; juvenem item novem pedibus non multò minorem: statura est gigantea quidam Heratensis ad decem propè pedes longus*. En una aldea del valle de Lémos, reino de Galicia, se vió, poco más há de veinte años, un muchacho que á los siete años excedia la estatura regular de un hombre perfecto. Murió en aquella edad, habiendo estado continuamente enfermo desde que nació, aunque se cuidó mucho de él, con ánimo de presentársele al Rey.

§ IX.

Habiendo probado que en la especie humana, de veinte siglos á esta parte, no ha habido decadencia alguna, está, por consiguiente, convencido que no la hubo tampoco en todo aquello, que comunmente sirve á la vida del hombre. La razon es clara, porque si los influjos celestes ó los alimentos que nos prestan las plantas y los brutos, se hubieran deteriorado, en nosotros resultaria el daño, y así seriamos más débiles y de vida más corta.

Algunos autores que están por la opinion comun de la senectud del mundo, alegan, lo primero, que faltan hoy algunas especies en el universo, que hubo en los pasados siglos; como entre los peces, el murice ó púrpora, con cuya sangre se teñian los vestidos de los reyes; entre los brutos el monoceronte ó unicornio, entre las aves el fénix, entre las plantas el cinamomo, entre las piedras el amianto, de cuyas fibras se hacia el lino, llamado asbestino ó incombustible. La falta de estas especies arguye que en la tierra falta virtud para producir las insensibles, y que en las sensibles se fué disminuyendo la virtud prolífica, hasta extinguirse del todo, de donde se infiere que sucederá lo mismo á las demas (1).

(1) Aquellos versos, *Namque parens hominum*, etc., con que se concluía el discurso, se dice que son de Columela. Como tales los habiamos visto citados en las Memorias de Trevoux, año de 1710, tomo 1, página 236. Pero despues hallamos los mismos sin la variacion de una letra, en el *Prædium rusticum*, del padre Jacobo Vannière, el cual ciertamente no los extrajo de Columela, porque, leído todo este autor, no parecieron en él tales versos. Si bien Columela, en el prefacio de su obra en prosa, pone el mismo pensamiento y áun la expresion *Eternam juventam sortita*. Así se los restituimos, como es justo, á aquel discreto jesuita; pero advertimos que en la nueva edicion del *Prædium rus-*

Respondo que ninguno de los autores que dicen esto tuvo presente todo el mundo, como mi gran padre san Benito, en aquella prodigiosa vision que refiere su cronista san Gregorio, para ver si hay ó no en él todas las especies que le hermosearon al principio. Es cierto que algunas cosas se dicen sin bastante exámen, y se aseguran con ligereza; pues empezando por lo último, el lino asbestino le hay hoy, y se cria en Chinchin, reino de la Tartaria Mayor, como asegura el padre Kircher, en su *China Illustrata*, y otros muchos; pero no he menester autores que me lo digan, porque yo mismo lo vi y probé, no tejido, sino suelto, en la forma de un sutil algodoncillo, aunque no tan blanco, sí que tira algo á ceniciento; y habiéndole puesto en un intenso fuego por buen rato, salió sin perder ni el más ténue filamento. La púrpura, no faltan autores que digan se halla hoy en algunas retiradas costas de África, aunque el diligentísimo Gesnero dice que no tiene noticia de que aparezca ahora en parte alguna del mundo, más verisímil es que haya faltado el conocimiento que la existencia de ese precioso pececillo. En cuante al monoceronte, Cesnero cita varios autores, que aseguran que aún persevera su especie. El fénix no es mucho no le haya hoy, pues nunca le hubo. Dicen que se vió en los tiempos de Sesóstris, Amásis y Ptolomeo, reyes de Egipto; sería como el que se traía á Roma en tiempo de Tiberio, del cual asegura Plinio que era más claro que el sol no ser verdadero fénix, sino otra ave muy distinta. El argumento tomado de la Escritura, que en la boca del santo Job le nombra, no prueba, porque esta voz se tomó del griego, en cuyo idioma la voz *phœnix* significa palma. Y así leen muchos: *Sicut Palma multiplicabo dies meos*, en vez de *Sicut phœnix*. Finalmente, si falta el verdadero cinamomo y otras plantas, no es fácil saberlo; porque las noticias de estas, ya se esconden, ya se manifiestan. En la historia de la Academia real de las Ciencias se lee que los botanistas modernos descubrieron hasta cuatro mil especies de plantas ignoradas de los antiguos. ¿Dirémos por esto que todas estas especies nacieron de nuevo en estos tiempos últimos? No por cierto, sino que las había ántes, pero no eran observadas.

No sería tampoco inconveniente conceder que una ú otra especie de poca monta, y sin cuyo uso puede pasar bien el hombre, se haya extinguido; porque esto para el todo del mundo es casi insensible. A la verdad, no se puede asegurar que, entre tan innumerables especies, todas se hayan conservado hasta ahora, sino es suponiendo de doctrina de san Agustín, de san Gregorio, santo Tomas y otros doctores que, como cada hombre

ticum, hecha en Tolosa el año de 1730, los inmutó el autor considerablemente, como otros muchos, reteniendo la misma sentencia. Así dice al principio del libro VII, después de proponer la opinion vulgar de la decadencia del mundo:

..... *Atqui non sidera cæli
Mutavere vices; neque post tot sæcula mater
Alma virum senio tellus effata quievit:
Sed cultu viget, æternam sortita juventam;
Et curis hominum, jugque exercita ferro
Primævæ reparat vires, nec inertior annis
Dediticit veterem, nostro sed crimine, laudem.*

tiene un ángel deputado para su custodia, para cada una de las demas especies materiales está asimismo deputado otro ángel, que vela para la conservacion de la especie, como en los hombres para la del individuo. Esta doctrina, sobre ser venerable por sus grandes patronos, tiene sólido fundamento en la Sagrada Escritura; porque, en el capítulo XIV del *Aporalipsi* se habla de un ángel que tiene potestad sobre el fuego, y en el XVI se llama otro el ángel de las aguas, donde el sentido más natural es, que estos dos ángeles cuidan de la conservacion de los dos elementos.

Alegan, lo segundo, que no se hallan hoy en muchas plantas las eficacisimas virtudes que celebran los escritores antiguos. Respondo que tampoco se hallan en ellas las que celebran los escritores modernos. Si fuese verdad todo lo que nos dicen los botanistas ó herbolarios de los últimos siglos de las virtudes de infinitas yerbas, con un pequeño huertecillo tendria cualquiera lo bastante para immortalizarse. No hay gente que dé menos lo que promete que los médicos. No hay dolor que en sus libros no tenga mil remedios, y los mil no son uno en llegando á la ejecucion. Valles, con ser de la profesion, confiesa que en ninguna cosa mienten ó desvarian más los médicos, que en las virtudes que atribuyen á los medicamentos; así, no puedo menos de reir, que algunos naturalistas se hayan quebrado la cabeza sobre averiguar qué planta es aquella que Homero llama *nepenthes*, tan eficaz para regocijar la alma y desterrar toda melancolia, que con su uso se pasaba sin dolor alguno por encima de los más terribles contratiempos, y así la usaba frecuentemente la hermosa Helena, como remedio seguro de sus disgustos. La dificultad está en que no se encuentra hoy planta alguna de virtud tan valiente, y la dificultad es bien leve; porque, si mienten tanto en esta materia los médicos y naturalistas, ¿qué harán los poetas?

Últimamente, se pueden oponer contra nuestra sentencia los estragos que hacen en la tierra las inundaciones y lluvias impetuosas, llevando gran porcion suya por los rios al mar, con lo que es preciso que en muchas partes, desnudando las peñas, hayan dejado vários espacios estériles; y en fin, en la sucesion larga de siglos podrá suceder lo mismo en todo el mundo. Respondo: es verdad que el mar nos roba mucha tierra; pero es falso que la robe para no restituirla jamas. De dos modos recobra la tierra lo que la usurpa el agua: el uno es arrojando el mar, con el tumulto de las ondas, mucho limo y arena á las orillas, lo que se ve claro en algunas partes, donde el mar se ha retirado por largo trecho de los antiguos términos. En nuestro monasterio de San Salvador de Corellana, en el principado de Asturias, hay evidentes testimonios de que llegaban allí los bajeles, y hoy se quedan más de dos leguas más abajo. Esto es lo de Ovidio:

*Vidi ego quod fuerat quondam solidissima tellus
Esse fretum: vidi factus ex æquore terras.*

El otro modo es, exaltándose innumerables partículas térreas en los vapores de que se forman las nubes, las cuales, despeñándose despues en lluvias blandas, quedan pegadas en las montañas y peñascos, y van hacien-

do costra poco á poco. La misma lluvia tambien suele hacer tierra de la superficie de las peñas, desatando con su impulso repetido la firmeza de su textura.

Los individuos, pues, aun en mármoles y bronces se envejecen; las especies inmortales se conservan. Ni nosotros podemos perpetuarnos la juventud, ni el mundo llegar á la decrepitez. Esto fué lo que nos dijo el

Columela de nuestro siglo, el padre Vaniero, en los elegantes versos que se siguen:

*Namque parens hominum æternam sortita juventam
Non senio tellus, non deficit ubere partu;
Sed facili vires, et fertilitatis honorem
Restituit cultu. Nos contra, cum semel annis
Invasit, nulla reparabilis arte, senectus,
In pejus ruimus, nec habet natura regressum.*

MÚSICA DE LOS TEMPLOS.

§ I.

En los tiempos antiquísimos, si creemos á Plutarco, sólo se usaba la música en los templos, y despues pasó á los teatros. Antes servia para decoro del culto; despues se aplicó para estímulo del vicio. Antes sólo se oía la melodía en sacros himnos; despues se empezó á escuchar en cantilenas profanas. Antes era la música obsequio de las deidades; despues se hizo lisonja de las pasiones. Antes estaba dedicada á Apolo; despues parece que partió Apolo la proteccion de este arte con Vénus. Y como si no bastára para apestar las almas ver en la comedia pintado el atractivo del deleite con los más finos colores de la retórica y con los más ajustados números de la poesía, por hacer más activo el veneno, se confeccionaron la retórica y la poesía con la música.

Esta diversidad de empleos de la música indujo tambien diferencia en la composicion; porque, como era preciso mover distintos afectos en el teatro que en el templo, se discurrieron distintos modos de melodía, á quienes corresponden, como ecos suyos, diversos afectos en la alma. Para el templo se retuvo el modo que llamaban *dorio*, por grave, majestuoso y devoto. Para el teatro hubo diferentes modos, segun eran diversas las materias. En las representaciones amorosas se usaba el modo *lidio*, que era tierno y blando; y cuando se queria avivar la mocion, el *mixo-lidio*, aún mas eficaz y patético que el *lidio*. En las belicosas el modo *frigio*, terrible y furioso. En las alegres y báquicas, el *eolio*, festivo y bufonesco. El modo *subfrigio* servia de calmar los violentos raptos que ocasionaba el *frigio*; y así habia para otros afectos otros modos de melodía.

Si estos modos de los antiguos corresponden á los diferentes tonos de que usan los modernos, no está del todo averiguado. Algunos autores lo afirman, otros lo dudan. Yo me inclino más á que no, por la razon de que la diversidad de nuestros tonos no tiene aquel influjo para variar los afectos, que se experimentaba en la diversidad de los modos antiguos.

§ II.

Así se dividió en aquellos retirados siglos la música entre el templo y el teatro, sirviendo promiscuamente á la veneracion de las aras y á la corrupcion de las

costumbres. Pero aunque esta fué una relajacion lamentable, no fué la mayor que padeció este arte nobilísimo; porque esta se guardaba para nuestro tiempo. Los griegos dividieron la música, que ántes, como era razon, se empleaba toda en el culto de la deidad, distribuyéndola entre las solemnidades religiosas y las representaciones escénicas; pero conservando en el templo la que era propia del templo, y dando al teatro la que era propia del teatro. Y en estos últimos tiempos ¿qué se ha hecho? No sólo se conservó en el teatro la música del teatro, mas tambien la música propia del teatro se trasladó al templo.

Las cantadas que ahora se oyen en las iglesias son, en cuanto á la forma, las mismas que resuenan en las tablas. Todas se componen de menuetes, recitados, arias, alegros, y á lo último se pone aquello que llaman *grave*; pero de eso muy poco, porque no fastidie. Qué es esto? ¿En el templo no debiera ser toda la música grave? ¿No debiera ser toda la composicion apropiada para infundir gravedad, devocion y modestia? Lo mismo sucede en los instrumentos. ¿se aire de canarios, tan dominante en el gusto de los modernos, y extendido en tantas *gigas*, que apenas hay sonata que no tenga alguna, ¿qué hará en los ánimos, sino excitar en la imaginacion pastoriles tripudios? El que oye en el órgano el mismo menuet que oyó en el sarao, ¿qué ha de hacer, sino acordarse de la dama con qu'en danzó la noche antecedente? De esta suerte la música, que habia de arrebatarse el espíritu del asistente desde el templo terreno al celestial, le traslada de la iglesia al festin. Y si el que oye, ó por temperamento ó por hábito, está mal dispuesto, no parará ahí la imaginacion.

¡Oh, buen Dios! ¿Es esta aquella música que al grande Augustino, cuando aún estaba nutante entre Dios y el mundo, le exprinia gemidos de compuncion y lágrimas de piedad? ¡Oh, cuánto lloré (decia el Santo hablando con Dios, en sus *Confesiones*), conmovido con los suavísimos himnos y cánticos de tu Iglesia! Vivisimamente se me entraban aquellas voces por los oidos, y por medio de ellas penetraban á la mente tus verdades. El corazon se encendia en afectos, y los ojos se desaciaban en lágrimas. Este efecto hacia la música eclesiástica de aquel tiempo; la cual, como la lira de David, expelia el espíritu malo, que aún no habia